

# LAS DOS CARAS DE SIERRA NEVADA

POR JOPAL

Sierra Nevada tiene dos caras bien distintas, la Norte es abrupta, escarpada, alpina, salvaje; la Sur es alomada y más amable, poblada de blancos pueblos, pero también muy bella.

Para poder contemplar la estampa invernal de ambas caras, preparé una excursión para el Grupo de Montaña del club “Señal y Camino” desde dos miradores distintos. Para la cara Norte elegí el Calar de Güejar y el Miguelejos, en la localidad granadina de Güejar-Sierra; y para la cara Sur, el Peñabón o Peña de los Papos desde Trevélez. Sólo hacían falta dos cosas: buen tiempo y no tener lesiones, porque las ganas de disfrutar de la montaña ya las poníamos nosotros.

El sábado, 24 de febrero de 2007, salimos ocho socios de Dos Hermanas, a las seis de la mañana, dispuestos a pasar un buen fin de semana montañero. Desayunamos en Riofrío y a las diez de la mañana ya estábamos en Güejar-Sierra con las botas y mochilas puestas subiendo por las empinadas calles del pueblo en busca del campo de fútbol. Cuando llegamos a él ya habíamos entrado en calor, el día se presentaba espléndido. De allí parte un carril en dirección Este que luego se convierte en sendero y que discurre por la base del imponente Calar de Güejar. Fuimos subiendo



de manera moderada pero constante hacia el collado de la Gitana. Allí, en medio de las vacas hicimos un alto para reagruparnos y poder disfrutar, ya, de las blancas cumbres de los “tresmiles” de Sierra Nevada. Este año no hay mucha nieve, pero la que hay luce de maravilla.

Del collado de la Gitana seguimos al collado del Alguacil pasando por el cerro del Tamboril, donde hicimos otra paradita. Desde el collado del Alguacil subimos directamente al Miguelejos que estaba a nuestra izquierda. La subida fue corta pero las vistas eran grandes. Alcazaba, Mulhacén, Veleta, Cerro de los Machos, Puntal de Vacares, Picón de Jérez..., casi toda la cuerda de los “tresmiles” estaba delante nuestra. Lo más espectacular de todo era la cabecera del río Genil vigilada por los dos gigantes, Alcazaba y Mulhacén, este último la cumbre más alta de la península con sus 3.482 m. Las cámaras de fotos echaban humo. Los bocadillos supieron más buenos con este panorama.

Seguimos por la cuerda hasta el otro extremo de la sierra donde estaba el vértice geodésico a 2.037 m de altura. Después de la foto de grupo empezamos a bajar por una empinada ladera que ocasionó algún despiste en los más novatos pero sin ninguna consecuencia. Volvimos al collado de la Gitana y empezamos la subida al Calar de Güejar, ya las piernas se iban resintiendo de tanto acumular desnivel, llegamos arriba y nos volvimos a recrear con la visión de las cumbres nevadas. En el vértice geodésico (1.864 m), nos hicimos otra foto. Seguimos en dirección Oeste hasta que llegamos a una zona llamada Los Parapetos, donde se conservan casamatas y trincheras de la Guerra Civil, triste recuerdo de una infausta época.

Ahora nos esperaba una bajada vertiginosa por zona rocosa que acabó de machacarnos los pies. Fueron casi 800 m de bajada casi vertical hasta el pueblo, lo que hizo que el desnivel acumulado durante el día fuera de 1.200 m de subida y lo mismo de bajada en 18 kilómetros. Tardamos ocho horas y media con paradas incluidas. Después de tomar un refresco cogimos los coches y nos fuimos a Trevélez, en la cara alpujarreña, donde teníamos reserva en las cabañas del camping. Sobre las nueve llegamos y después de la ducha nos fuimos a cenar en el mismo restaurante del camping, repusimos fuerzas y nos relajamos de la dura pero bellísima jornada.

El domingo, 25 de febrero, a las ocho ya estábamos en los coches dispuestos a disfrutar de otro día magnífico, ya que el cielo había aparecido sin nubes. Desayunamos en el Barrio Medio del pueblo y aparcamos junto al río en la salida para Juviles. Encontramos el sendero que sube al Peñabón y que en sus primeros tramos coincide con el GR-7. Después se separa, siempre en ascenso, para internarse por un pinar y llegar hasta el cortijo del Rosal. Pequeña parada y para arriba pasando por las ruinas del cortijo de Prados Altos por zona de piedra y piornos. Llegamos a un pinar y encontramos un sendero que subía hacia nuestra derecha, alejándose del Peñabón que teníamos

delante. Este sendero nos llevó a Piedra Ventana, así llamada por el hueco cuadrado que se ve desde el pueblo. Trevélez se veía debajo, pequeñito, pequeñito. Después, por la cresta, viendo las dos caras de la sierra al mismo tiempo, llegamos al Peñabón o Peña de los Papos tres horas y media después de haber comenzado el sendero. Eran las doce y media y estábamos a 2.536 m de altura. El desnivel había sido de 1.100 m en cinco kilómetros. Llegó la hora de contemplar las vistas de la cara Sur con bastante menos nieve que la Norte, no obstante, la visión de la Cañada de Siete Lagunas con las Chorreras Negras, esta vez blancas, mereció la pena del esfuerzo. Apenas quedaban unas manchas de nieve en la cumbre del Peñabón, pero algunos la aprovecharon para hollarlas y poder decir a la vuelta que “habían pisado nieve”. La cara norte de este cerro es muy vertical por lo que es conocido como el pequeño Mulhacén. Las cabras monteses corrían por allí ajenas al vértigo. No hacía frío, sólo una fresca brisa. ¡Qué suerte habíamos tenido con el tiempo! En Sevilla estaba lloviendo. Después de los bocadillos la bajada fue vertiginosa, en hora y media desandamos el camino, con brevísimas paradas para hacer alguna foto, como por ejemplo, en la Acequia Real de Cástaras, que iba de agua casi a rebosar para regar huertas y frutales. Llegamos a Trevélez entre almendros en flor, ya huele a primavera. La vuelta a casa sin novedad, pero con el zurrón de la memoria lleno de bellos recuerdos e imágenes.

